CAMBIAR TODO LO QUE DEBE SER CAMBIADO. DEMANDA PSICOSOCIAL Y AXIOMA POLÍTICO

CHANGE EVERYTHING THAT MUST BE CHANGED. PSYCHOSOCIAL DEMAND AND POLITICAL AXIOM

Manuel Calviño

Facultad de Psicología, Universidad de La Habana, Cuba.

RESUMEN

En la proyección psicosocial de nuestro país, la noción de cambio atraviesa todos los espacios reales y simbólicos. "Cambiar todo lo que tiene que ser cambiado" es un axioma que está en la base del concepto mismo de Revolución. El cambio es un proceso natural y primario, inevitable e incontenible, pero la dirección y realización del cambio supone comprender muy bien su naturaleza. En el presente trabajo se intenta una comprensión psicosocial del axioma como una propuesta de aporte de la psicología al proceso sociopolítico que vive el país.

Palabras clave: cambio, ética, procesos sociales.

ABSTRACT

In the psychosocial projection of our country, the notion of change cuts across all real and symbolic spaces. "To change everything that has to be changed" is an axiom that is at the base of the very concept of Revolution. Change is a natural and primary process, inevitable and unstoppable, but the direction and realization of change requires a good understanding of its nature. In the present work, a psychosocial understanding of the axiom is attempted, as a proposal of contributions from Psychology to the socio-political process that the country is experiencing.

Keywords: *change, ethics, social processes.*

"Cambiar todo lo que debe ser cambiado"

Así emerge el ser humano desde su naturaleza básica y avanza por el camino de su evolución. Aún sin saberlo, cambia todo lo que debe ser cambiado, porque el camino de convertir su potencialidad en su realidad, su raíz en su realización plena, es el camino de su autotransformación. No cambiar es perecer; no cambiar es quedar en el camino sin realizar su esencia primaria. El ser humano es, en su origen mismo, un (r)evolucionario biológico, genético, y desde aquí, su destino quedará inexorablemente ligado al cambio. No se detendrá nunca, y si se detiene, se niega, se autodestruye. La evolución y el desarrollo son su modo de existencia. El cambio es protagonista de su vida.

El afán inicial es sobre todo adaptativo; es el estar sumergido en un otro ambiente lo que le demanda cambiar. Son sus inscripciones genéticas, biológicas, quienes dictaminan sus modificaciones. No es sujeto sino sujetado. Es actor de un guion prescrito. Aun así, desde muy temprano, un mundo que dista a varios meses le llega mediado por/en el vientre materno. Estímulos auditivos, sensoriales, exteroceptivos, que favorecen su maduración biológica van conformando un diálogo inevitable, que por momentos amenaza y por momentos deleita. Hoy sabemos que también estímulos emocionales, sonoros, palabras y caricias comienzan su acción formativa sobre el que apenas se asoma a la vida. El mundo, aunque reducido, va conformando su carácter de ser necesario, y con ello su condición de ser mejorable, de transformar, pero también de ser transformado.

Prosigue el cambio cuando el neonato irrumpe desde la bolsa amniótica en un ambiente distinto, que de alguna manera le resulta hostil. Gime, llora, se queja, quizás porque, como anotó Anatole France, todos los cambios, aun los más ansiados, llevan consigo cierta melancolía, porque aquello que dejamos es una parte de nosotros mismos: debemos morir una vida para entrar en otra. También porque es su expresión primitiva de ingreso a la batalla inacabable que vendrá, un ingreso no decidido, pero si sentido, vivenciado como imprescindible.

Algo de sí le pedirá quedarse en el mismo lugar –en las conocidas tranquilidades y pequeños desasosiegos del amnios–. Algo lo incitará a renunciar, a dejar atrás, a mudar, a rebelarse, aun al costo de lo desconocido, de las carencias, de lo inseguro. Así son, y serán, los procesos de su desarrollo: tendrá sillas invitándolo a permanecer, a resistirse, pero tendrá también primero impulsos, luego incitaciones, y más tarde razones, argumentos y sueños que no lo dejarán detenerse. Y tendrá que, y podrá, hacer su elección: "no existe nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo [se] pone de relieve su carácter perecedero, y no deja en pie más que el proceso ininterrumpido del devenir y del perecer" (Engels, 1980, p. 619).

El axioma está definido desde muy temprano. La demanda existe en la propia condición de existencia del ser humano:

"Cambiar todo lo que debe ser cambiado"

No parece dudable la idea de que el cambio fundamental del desarrollo filogenético, el que supone para el ser humano un lugar diferencial en la escala evolutiva, es la aparición de la consciencia. La emergencia de la consciencia supone cambios sustantivos en el desarrollo psicológico. La vista se abre al mundo como visión. La dimensión significado se suma a la altura, el ancho, la profundidad, y el tiempo comienza a ser sentido, percibido como extensión, ausencia, previsión. La audición se torna escucha. Los parámetros de gusto, placer, molestia, pueden ahora ser provocados con los instrumentos de la actividad psíquica consciente.

Los límites comienzan a borrarse con la lúdica inventiva. La imaginación se alza como capacidad de ser o estar en cualquier lugar, real o fantástico. La capacidad de re-presentar, de re-presentarse, es el trampolín de los cambios que acontecen en el sujeto consciente, una capacidad ilimitada, más allá de que sea considerada o desoída. Con la consciencia, el ser humano incorpora la capacidad de decidir, de construir su condición de sujeto de su vida, de su acción, de su palabra. La construcción del ser humano no es un simple proceso de conversión. No somos mutantes. Somos sujetos de nuestra propia construcción.

Ser parte del mundo es tomar consciencia de un doble vínculo. La pertenencia y la diferenciación. Con la consciencia, el ser vivo pasa de una predominante suerte de simbiosis acrítica, amorfa, analógica, a una diferenciación crítica, dialógica. Se marca entonces la diferencia entre la dependencia, la resignación, el conformismo y la autonomía, la determinación, la autodeterminación, la inconformidad. Y es esta la condición *sine qua non* para la interdependencia –la co-relación, la integración, la colaboración–.

Cambiar va dejando de ser solamente algo que sucede, para ser algo que podemos hacer que suceda. Algo que debemos hacer que suceda para realizar nuestra esencia humana. El pasado no será solo lo ocurrido, sino también la relevancia de lo ocurrido para hacer lo que se quiere hacer que ocurra; el presente deja de ser lo que nos toca, lo que con complicidad aceptamos, para ser el espacio de articulación de lo que queremos que sea; y el futuro ya no es más cuestión de suerte, o de modelación natural, sino la puesta en marcha de nuestras decisiones y elecciones. Lo que somos pasa a ser "lo que hacemos para cambiar lo que somos", según Galeano.

Ahora el ser humano tiene el poder de producir continuamente ideas, la capacidad de actuar de manera voluntaria siguiendo ciertos propósitos, fijarse objetivos y orientarse a realizarlos. También puede reconocer el impacto de su poder sobre los otros, y el de los otros sobre él. Los juicios *a priori* externos,

desde los otros (los padres, los adultos) auspiciados en lo fundamental por sistemas de recompensas y castigos, por una ética impuesta (lo que sí y lo que no) comienzan a refractarse por el tamiz de la intrasubjetividad personal, única, irrepetible. Las valoraciones se van conformando como valores, testimonian su necesidad las normas (éticas, morales, escolares, grupales) como referentes a considerar en la toma de decisiones.

La conducta se asiste de los patrones normativos, de la ética, una ética de las relaciones interpersonales que llega por la toma de consciencia del otro, como sujeto de derechos. No basta con saber hacer, con poder hacer, con querer hacer. Es imprescindible saber si hace bien o mal, si se hace el bien, o se hace el mal. Lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, son referidos por la consciencia del otros, de los otros. La conciencia de sí mismo, la conciencia de los otros, la acción volitiva, se entrelazan como factores favorecedores (o no) de la libertad humana, del poder de elegir, de responder y de cambiar junto y en mancomunidad con los otros, del poder de cooperar, de co-participar avizorando una meta, un destino consensuado, un sueño colectivo.

Con la aparición de la conciencia de los seres humanos, el universo toma conciencia de sí mismo. La sociedad se reconoce como espacio y como conjunto, como realidad y como proyecto. El cambio, o quizá, en franco neologismo, el "inter-cambio", como la necesaria adecuación y verificación de la ética de las relaciones humanas, no se trata de cambiar por cambiar, no se trata del cambio que alguien quiere, que conviene a un alguien, o a un grupo de algunos; se trata del cambio necesario para realizar plenamente la condición de humano, ese que "los pueblos ricos, conservadores de suyo […] ven […] con horror secreto" (Martí, 2014). Es el cambio "con todos y para el bien de todos", parafraseando al Maestro, el que construye el justo y necesario porvenir, que "sin una sola excepción está del lado del deber".

El axioma se reedita y crece. La demanda es un imperativo del desarrollo humano, de la acción voluntaria y responsable, del hacer, el saber hacer, el hacer el bien y el bien:

"Cambiar todo lo que debe ser cambiado"

La emergencia de la consciencia, como producción subjetiva cultural, no solo supone un distintivo de la psicología humana, algo que se tiene a diferencia de los otros seres vivos. La consciencia es mucho más que la capacidad de darse cuenta, es la inevitable condición de vivir en relación. La condición de humano reside en el sistema de sus relaciones; según Marx la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de sus relaciones sociales.

La consciencia nos demanda la conjugación en plural y, por lo tanto, el reconocimiento de lo diverso, y nos impele entonces, ineluctablemente, a la ética de lo humano, la ética del deber. Ser distinto del otro

es condición de relacionarme con él, y fundamento de la comprensión de este como un yo también independiente y autónomo, y desde aquí la observancia del respeto mutuo, del derecho compartido, y entonces lo justo, lo correcto, lo que expresa la igualdad que subyace y se yergue sobre la diferencia.

Se extiende la vida en su dimensión psicosocial. El desarrollo del sujeto no es un proceso de cambios evolutivos predefinidos por su naturaleza primaria. Así como la consciencia marca un tránsito cualitativo que involucra su naturaleza primaria, pero se desprende de ella, la producción de la "co-existencia", la "co-vida", abre el espacio de los procesos colectivos, de la construcción de destinos comunes como única forma de garantizar incluso los destinos individuales. La inter-consciencia se alza como el producto histórico de la redimensión de lo psicológico, de la subjetividad, a un *corpus* social (grupal, comunitario, institucional, societal). Una subjetividad social marcada por sus pertenencias institucionales.

La realización de la vida de cada sujeto tiene lugar en la praxis, y toda praxis humana es "vincular". La subjetividad es un diálogo, con más precisión un "triálogo": del sujeto con otro(s) sujeto(s) y con sus contextos y escenarios reales de vida. Dialogan los sujetos individuales, grupales e institucionales, desde lo histórico y lo actual, del pasado y el futuro. La subjetividad es esencialmente vincular, es intersubjetividad. Es un hecho fundamental que el sujeto se reconoce a sí mismo en relación a la realidad que lo rodea y en relación con los otros. El desarrollo humano emerge en la relación entre la estructura social y la configuración del mundo interno del sujeto, de su subjetividad: "humanizar es salir de la objetivación para afirmar la intencionalidad de todo ser humano y el primado del futuro sobre la situación actual. Es la imagen y representación de un futuro posible y mejor, lo que permite la modificación del presente y lo que posibilita toda revolución y todo cambio [...] el cambio es posible y depende de la acción humana" (Silo, 1994, p. 81).

Pero lo más significativo es la inclusión del sujeto como actor consciente y comprometido en los procesos de construcción y desconstrucción social, lo que supone la "participación, que señala un compromiso, un ser parte, un estar incluido, un ser integrado, una pertenencia, una doble decisión de estar presente en un proceso colectivo en el cual es imposible despegar un exterior de un interior, un mundo externo de un mundo interno" (Bauleo, 1991, p. 15). La colaboración, entendida incluso como inter-consciencia, es un cambio ineludible; no habrá desarrollo sin colaboración. Pero el proceso de su construcción y realización –tanto consciente como no consciente– es en especial retador, toda vez que su riqueza, la diversidad, es fuente de la aparición de contraposiciones, contradicciones, conflictos, antagonismos. Si antes el cambio se resistía a sí mismo, por aquella tendencia a mantener lo logrado, o la de la incertidumbre del logro, ahora los procesos resistenciales se suman con virulencia especial: los intereses de los grupos, de las

instituciones, canalizaciones de intereses personales compartidos (que no necesariamente compartibles) por grupos, clases, segmentos sociales, etc.

Muchos de estos dilemas reviven figuras arcaicas de la condición primaria existencial (machos alfa, grupos alfa, comunidades alfa, sociedades alfa, por solo hacer referencia a la dimensión posesión-hegemonía-supeditación). Los espacios de formación anteriores ya traen en sus formas intrasubjetivas los avatares de la expansión institucional, pero ahora alcanzan dimensiones trascendentes. Estas situaciones dilemáticas afrontadas de manera favorable propenden al desarrollo, pero no dejan de ser favorecedores potenciales de tendencias conservadoras, reactivas, anquilosantes, y desde aquí resistenciales.

Ortega y Gasset lo decía con sencillez profunda: somos nosotros y nuestras circunstancias. Y para cambiar nosotros, hemos de cambiar nuestras circunstancias. Solo cambiando sus circunstancias se cambia el hombre a sí mismo, y no cambian las circunstancias sino bajo el efecto de la acción colectiva, la acción producida por los vínculos. Aun cuando los sistemas vinculares se presentan como laberintos –un campo social poblado de personas con direcciones y metas propias que han de reunirse en un camino único tendiente a una meta, la mayor parte de las veces supraindividual–, en ese espacio de encrucijadas, inconsistencias, búsquedas, por momentos confusas y hasta hostiles, ha de emerger un proyecto de sistema vincular, un proyecto de sociedad.

El axioma se colectiviza, se comparte. La demanda es un imperativo de los contextos, de la sociedad en su movimiento ascendente de humanización:

"Cambiar todo lo que debe ser cambiado"

La explosión de la dimensión colectiva (grupo, clase, etc.) hace sujetos colectivos, de signos diferentes: "Tiene el mundo dos razas: parecida a los insectos la una, la de los egoístas; resplandeciente, como si en sí llevara luz la otra, la de los generosos. Los unos lo sacrifican todo: patria, amistad, estimación, hasta estimación de sí mismos a su beneficio y contentamiento; los otros, aunque en las horas de sosiego puedan pagar tributo a los apetitos y flaquezas de la naturaleza humana, cuando el honor humano o el honor patrio están en peligro […] se arrojan apretadamente a la pelea, camino de la luz" (Martí, 1975, p. 308).

Como designio de la necesidad, por los caminos de la humanización cada época, cada conclave de generaciones, produce sus iconos paradigmáticos, sujetos "desujetados" que personalizan en su dimensión esencial los pensamientos y actuaciones, las reflexiones y sueños, las necesidades

impostergables y las demandas exigidas, las utopías y realizaciones de un movimiento histórico. Son como voces a través de las cuales se expresa la voz de la mayoría deseante del bien común.

La producción de estos sujetos-referentes es un proceso histórico en el que puede trazarse una línea inequívoca, donde las producciones anteriores se van sumando a las actuales y van configurando la emergencia futura. Una línea que, para nuestro país, está instituida por una noción indiscutible es la independencia, en toda su plurisignificación y en su sinonimia intelectiva y visceral con autonomía, libertad, dignidad, patria, y más recientemente socialismo.

Los líderes expresan la dinámica esencial de lo trascendente, un proceso en el que emergen y se activan los nombres de una época. La objetivación de esos procesos en sujetos-individuos junto a los sujetos-colectivos favorece procesos identificatorios, procesos de autoreconocimiento en el reconocimiento del otro (nada que no haya sido deletreado por tradiciones significativas de la psicología).

Yo soy Fidel. Fidel es el pueblo. La palabra de muchos en la palabra de Fidel, la que encarna la dimensión de lo humano, que según Martí es algo más que ser torpemente vivo: es entender una misión, ennoblecerla y cumplirla. La palabra trasciende el decir de uno, se convierte en decir de muchos, se convierte en acción colectiva. Actuar colectivamente para cambiar; cambiar el mundo, cambiar la realidad, cambiar las (i)legitimidades construidas por intereses minoritarios, de espalda a la esencia humana, y cambiar nosotros mismos, ser capaces de cambiar todo lo que tenga que ser cambiado, preservando lo que ha de ser preservado. Ser revolucionario, hacer revolución, es no solo la capacidad de cambiar, es sobre todo el deber de cambiar, de cambiar todo lo que signifique obstáculo, alejamiento, distorsión de la ética humana, de la ética de la justicia, la igualdad, la solidaridad.

La voz del pueblo, en la voz de Fidel, se crece, reclama con visión pertinente. El cambio no es solo un proceso imprescindible desde “lo externo”, es un proceso desde “lo interno”. La necesidad de cambiar es trascendente, no se ubica solo en un rango de situaciones asociadas a “los otros”, sino sobre todo a “nosotros”. Con total compromiso, transparencia y honestidad, con apego radical a la verdad, cambiar todo, todo lo que deba ser cambiado. Una y otra vez hacer revolución desde el compromiso con el ideal de justicia, con el carácter imprescindible del cambio, con la crítica y la autocrítica. Fidel lo asumió como arma de lucha por el bienestar y la felicidad de los seres humanos, de las cubanas y los cubanos. Lo hizo en una concentración campesina, en Baracoa, tan temprano como en junio de 1959:

> Combatiendo los vicios que todavía perduran, las lacras que todavía perduran, algunas costumbres que todavía perduran; los seudorevolucionarios que se pueden haber infiltrado en las filas, los oportunistas, los malos cubanos, los individuos

> incompetentes e indignos de ocupar determinados cargos y hacer determinados trabajos […] una lucha contra los traidores de adentro, una lucha contra los ineptos, los incompetentes, los seudorevolucionarios; y los traidores de fuera y los enemigos de fuera […] una lucha en que tenemos que ir sin descuidarnos nunca, sin bajar nunca la guardia, luchando constantemente contra todos los obstáculos, porque es una tarea casi sobrehumana, la tarea de una Revolución. (F. Castro Ruz, 1961)

También lo hizo en octubre de 1979, en un foro internacional, como presidente del Movimiento de Países No Alineados, evidenciando los resortes éticos de los cambios necesarios, el principio de la justicia en toda su expresión: "¡La explotación de los países pobres por los países ricos debe cesar! Sé que en muchos países pobres hay también explotadores y explotados. Me dirijo a las naciones ricas para que contribuyan. Me dirijo a los países pobres para que distribuyan" (F. Castro Ruz, 1979). Asimismo en diciembre de 1986, en la clausura de la sesión diferida del Tercer Congreso del Partido, asumiendo la presencia de desviaciones y faltas que motivaron el proceso de rectificación de errores y tendencias negativas:

> las cuestiones relacionadas con la aplicación del Sistema de Dirección y Planificación de la Economía; con la organización del trabajo y los salarios; con la disciplina laboral, la utilización de los recursos, el estilo de trabajo, la exigencia y el control en el Partido, en la UJC, en las organizaciones de masas y en la administración; los problemas relacionados con la política de cuadros, los problemas ideológicos, los problemas sociales, los problemas de la juventud, los problemas de los campesinos; en fin, todos los temas que están comprendidos en esta política de rectificación y de lucha contra las tendencias negativas, que encierran un contenido amplísimo, que va desde el desvío de recursos, que tanto irrita a la población, que tanto corrompe, que tanto desorganiza, que tanto desmoraliza, que tanto daño puede hacer al proceso revolucionario. (F. Castro Ruz, 1986)

El axioma se empodera, se multiplica, se hace método de acción revolucionaria por un pueblo, para un pueblo. Un principio de lealtad a los valores esenciales del ser humano. La demanda es un imperativo ético:

"Cambiar todo lo que debe ser cambiado"

Toda la historia reciente de la sociedad cubana contiene como proceso esencial la historia de las luchas emancipadoras internas encaminadas a superar viejas mentalidades arraigadas, y el intento de favorecer la aparición de nuevas, más coherentes a los momentos que vive el país y a su proyecto sociopolítico y económico. Debemos librar una batalla enérgica contra el conformismo, diría Fidel.

No hay cómo no concordar con la idea de que *es* imprescindible romper la colosal barrera psicológica que resulta de una mentalidad arraigada en hábitos y conceptos del pasado. Hay que "dejar atrás el lastre de la vieja mentalidad y forjar con intencionalidad transformadora y mucha sensibilidad política la visión hacia el presente y el futuro de la Patria" (R. Castro Ruz, 2012a). El énfasis está en la responsabilidad de la dirección del país. Concierne a la vida del Partido: "Para alcanzar el éxito, lo primero que estamos obligados a modificar en la vida del Partido es la mentalidad, que como barrera psicológica, según mi opinión, es lo que más trabajo nos llevará superar, al estar atada durante largos años a los mismos dogmas y criterios obsoletos" (R. Castro Ruz, 2011). Concierne a los dirigentes: "Es preciso rebasar el inmovilismo, la superficialidad y la improvisación […] y ello deberá caracterizar la conducta de los cuadros de dirección en todos los niveles […] la elevación de la exigencia y rigor […] batalla que deben librar, en primer lugar, los cuadros" (R. Castro Ruz, 2012b). Pero concierne sobre todo a los cubanos, a todos y a todas. Cambiar para construir, para hacer real, nuestra visión de nación "soberana, independiente, socialista, democrática, próspera y sostenible". Hay mucho por hacer, mucho por cambiar y mucho por cuidar y preservar en nuestra Cuba "sana y salva […] renovada y diferente […] con esperanza" (Leal, 2012).

Así como dijera Fidel Castro Ruz (1991) el 10 de octubre de 1991 en Santiago de Cuba, "cada hombre, cada revolucionario debe decir […] yo soy la Revolución"; hoy cada cubano, desde su toma de consciencia, desde su compromiso ético, desde su lealtad a la causa de hacer una Cuba más plena, debe pensar y sentir que para cambiar todo lo que debe que ser cambiado, el cambio tiene que empezar por cada uno de nosotros, preservando y cambiando lo que debemos y tenemos que hacer en nuestra patria ara, y no pedestal.

El axioma se extiende, y en su extensión se alerta a sí mismo como sujeto y objeto de cambio: en el cambio, hay cosas que deben ser cambiadas.

"Cambiar todo lo que debe ser cambiado"

Nuestras axiologías, nuestros procederes éticos o la ética de nuestros procederes existe y se contextualiza en el lugar real del vivir. Para los cubanos de hoy, el asunto es de suma importancia. Atravesamos por profundos procesos de cambio. Época de cambios en cambio de época. Vivimos en una estructura real

de la sociedad en la que conviven modos económicos funcionales diferentes, y por ende sistemas de apropiación que en los mejores casos son equitativos, pero en otros están siendo desproporcionadamente diferentes. Esto nos confronta a diario con nuestra opción y decisión personal y ética, nos distingue en los que hicimos una opción de vocación y los que hicieron una opción de compulsión. Asistimos a un cotidiano de vida que discursea desde la ética de la renuncia para la realización de los sueños y las esperanzas, desde la permanencia y trascendencia de los valores más humanos, y nos pide afiliación a la certeza de que sí se puede. Somos por vocación y decisión una trinchera de las utopías, pero estamos enfrascados en una lucha titánica por la supervivencia, síntoma *ad usum* y condición *sine qua non* del pragmatismo. La realidad nos impone una suerte de convivencia educada, pero también utilitaria con muchas de las cosas de las que nos creíamos invulnerables y que considerábamos hasta de mal gusto. A veces sentimos que tenía razón Berman cuando sostenía que el hombre "solamente trabajando con el diablo […] podrá acabar del lado de Dios y crear el bien". Lo cierto es que nuestra realidad esta escindida y corremos el riesgo de una escisión interna.

Por si esto fuera poco, aparecen "formas de malestar que se arraigan y fortalecen en un espíritu de época marcado por la pérdida de antiguas convicciones y por nuevas discursividades que no se perfilan todavía con claridad como soportes de la subjetividad". Muchas de las dificultades que nos encontramos hoy en nuestro cotidiano de vida son las manifestaciones de las contradicciones reales en las que se vive. Digo con Marx: "lo ideal no es […] más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre". El mal-estar humano es, releyendo a Freud, un malestar de la cultura, entendida no solo como la producción o el escenario conjuntivo y entrecruzado de la creación estética de grupos relativamente exiguos de la sociedad, sino también como la definición de una alternativa, mejor dicho, una antialternativa ética.

En el proceso de cambiar todo lo que debe ser cambiado hay no solo obstáculos, hay también peligros, sobre todo cuando se trata de la subjetividad, de los procesos subjetivos o mentales. La mente es el resultado de un proceso de determinaciones complejas, de las que nunca se tiene un control total. Siempre hay variables influyentes en sus procesos de cambio que la hacen particular dentro de su generalidad cultural. Siempre se producen lo que denominamos "cambios emergentes", un cierto efecto derivado, de manera preponderantemente espontánea, de las dinámicas societales, asimiladas y acomodadas por las personas, los grupos informales y de pertenencia, incluso las instituciones de la sociedad. Esta asimilación-acomodación proyecta sobre todo los intereses de cada sector de actores sociales en las nuevas condiciones (en especial aquellos actores a los que las dinámicas societales de cambio favorecen) y las cosmovisiones básicas (representaciones, aspiraciones, expectativas respecto a la vida y los modos

de vida). En este sentido, traen consigo la "emergencia" de nuevas representaciones, ideas, patrones de comportamiento, incluso, identidades que se legitiman por efecto de las condiciones mismas.

No es nada que no esté en la base del ideario marxista, desde el que se pueda traer el axioma que sustenta la visión de lo subjetivo como lo objetivo traspuesto y traducido a la cabeza del hombre: la gente piensa como vive y la vida, con frecuencia, se anticipa a las formas de representarla, se podría agregar. En el transcurrir reciente de la vida en Cuba hay múltiples evidencias de esos "cambios emergentes", y han sido testimoniados en diversas investigaciones sociales hechas con actores emergentes de las nuevas formas de propiedad y actividades económicas (Pañellas, 2020).

El mejor antídoto, quién sabe si el único integrador, está en el reforzamiento de los sustentos éticos de la vida, de las prácticas cotidianas y las relaciones interpersonales. En la definición de los espacios de reforzamiento personal de la esencia humana, de aquello que sabiamente Marx identificó con el conjunto de nuestras relaciones sociales. Siguiendo a Forcano, se trata de ni más ni menos que "obrar como personas […] y la persona es un yo indivisible con vocación innata para la verdad y la justicia, el amor y la convivencia, el respeto y la igualdad".

El avance hacia niveles de desarrollo espiritual y ético ha de ser, y de hecho es, un proceso escalonado de cambio y en espiral. No se puede pretender violentar leyes muy profundas y establecidas del funcionamiento humano. No se pueden violentar límites reales que, aunque históricos y contextuales, demarcan posibilidades e imposibilidades. Facilitar, favorecer, no son sinónimos de violentar.

El axioma se extiende en la dimensión espiritual de la cubanía: la Cuba que queremos ser, los cubanos y las cubanas que seremos, el alma cubana que vamos a cultivar cambiando todo lo que debe ser cambiado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bauleo, A. (1991). Democracia, revolución y subjetividad. *Revista de la Clínica Grupal e Investigación Institucional*, *I*(1), 15-23.

Castro Ruz, F. (1961). Discurso pronunciado en concentración campesina en Baracoa, 21 de junio de 1959. En *Fidel. Soldado de las ideas*. Disponible en: http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-pronunciado-en-la-reunion-con-campesinos-baracoa-oriente

Castro Ruz, F. (1979). Discurso de Fidel Castro frente a la ONU en 1979. Recuperado de https://desinformemonos.org/discurso-fidel-castro-frente-la-onu-1979/

Castro Ruz, F. (1986). Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en la clausura de la sesión diferida del Tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba, en el teatro Carlos Marx, el 2 de diciembre de 1986. Recuperado de http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1986/esp/f021286e.html

Castro Ruz, F. (1991). Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en la clausura del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba, efectuada en la plaza General Antonio Maceo, en la Ciudad Héroe de Santiago de Cuba, el día 14 de octubre de 1991. Recuperado de http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1991/esp/f141091e.html

Castro Ruz, R. (2011). Texto íntegro del discurso de Raúl en las conclusiones del Congreso del PCC. Recuperado de http://www.cubadebate.cu/noticias/2011/04/19/texto-integro-del-discurso-de-raul-en-las-conclusiones-del-congreso-del-pcc/

Castro Ruz, R. (2012a). Discurso de Raúl Castro: "El rumbo ya ha sido trazado". Recuperado de http://www.cubadebate.cu/opinion/2012/01/29/discurso-de-raul-castro-en-la-primera-conferencia-nacional-del-pcc/

Castro Ruz, R. (2012b). Raúl: Cuba aspira a una sociedad socialista sustentable y próspera. Recuperado de http://www.cubadebate.cu/especiales/2012/12/13/raul-todo-lo-que-hagamos-va-dirigido-a-la-preservacion-y-desarrollo-en-cuba-de-una-sociedad-socialista-sustentable-y-prospera-fotos/

Engels, F. (1980). Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. En C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* (pp. 614-653). Moscú: Editorial Progreso.

Leal, E. (2012). "Sin amor, no hay salvación posible; sin reconciliación, no hay amor posible". Recuperado de http://www.eusebioleal.cu/curriculum/intervenciones/sin-amor-no-hay-salvacion-posible-sin-reconciliacion-no-hay-amor-posible-2/

Martí, J. (1975). *Obras completas*. t. 7. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Martí, J. (2014). Cartas de Martí. Recuperado de http://www.josemarti.cu/wp-content/uploads/2014/06/Historia_de_la_caida_del_Partido_Republicano_y_ascenso_del_Partido.pdf

Pañellas, D. (2020). Grupos e identidades sociales en cambio. *Novedades en Población*, (31), 64-84. Recuperado de http://scielo.sld.cu/pdf/rnp/v16n31/1817-4078-rnp-16-31-64.pdf

Silo. (1994). *Cartas a mis amigos*. Santiago de Chile. Virtual Ediciones.